

que sus mas íntimos amigos y sus mas fervorosos discípulos, confesaban confidencialmente que nunca habian comprendido.

El número 3 es cabalístico, decia él, es sobre todo esencialmente democrático.... Tres.... qué grande! qué completo! Tres dioses hay entre los chinos, tres personas en el Dios de los cristianos, tres dioses principales entre los antiguos, tres gracias, tres jueces en los infiernos, tres Parcas, Cerbero tiene tres cabezas, y el triángulo tiene tres lados. Todo lo que es completo tiene tres caras. *La idea* está incluida en el número tres, y recíprocamente el número tres en la idea, cuya fórmula es la divina libertad, igualdad, fraternidad. La sociedad debe manifestarse bajo tres aspectos, y no ha tenido lugar esta manifestacion porque el individualismo, el antagonismo y el egoismo, sofocan la idea, que no es otra cosa, que el número tres, conbinado en libertad, igualdad, fraternidad."

El libre pensador continúa hablando así un cuarto de hora, sin respirar. Olibrius que estaba acostumbrado ya al murmullo armonioso de esta cascada de palabras vacias de sentido, no quiso oír mas y se retiró convencido, que no hay en este mundo, cosa mas difícil de encontrar que la verdad y el sentido comun.

Despues de haber corrido así el mundo de los soñadores, de los iluminados, de los utopistas y de los ideólogos, se detiene en fin, toma aliento y echa una mirada melancólica sobre las ruinas de todos estos sistemas ambiciosos é impotentes; no sentia en sí la fé robusta y cómoda de Parentean, esta fé que se transformaba cada veinte y cuatro horas, y que lo hacia pasar de una escuela á otra, del evadismo al fourierismo, de éste al prondhonismo y del prondhonismo á la triada, manifestando en todas ellas un entusiasmo irreflexivo, que destruia el ídolo de la víspera con el del día. La socie.

dad está entregada á las bestias de la dialéctica, ya Olibrius no lo dudaba; fuera de la utopia era adonde se podia hallar el remedio social; bajó de las nubes del empirismo filosófico á la tierra firme de la política.

El primer dia vió hombres que le decian: Nosotros queremos el sufragio universal en la base y la monarquía del derecho divino en la cumbre.

El segundo, vió otros que pretendian traer la Francia al régimen de la monarquía constitucional electiva; aquellos gritaban, viva la Regencia! éstos viva Henri, que V. tres inválidos; viva el emperador! hermosa armonía!

Vió tambien á hombres que se suponian representantes del progreso, y que arrinconados en el callejon sin salida de 93, no veian la salud de la patria, sino en el triunfo de un adjetivo, el cambio de nombre de una calle, y la adopcion de un gorro encarnado.

La verdad es un mite, piensa él; nunca ha existido, sino como un ideal, que el espíritu percibe pero que no puede alcanzar para someterla racionalmente á la aplicacion. Se encontraba á la orilla de este abismo que se llama eceptismo, cuando felizmente topó con un hombre de buen juicio, (todavía se hallan algunos) que le dice: La verdad se os ha escapado porque no habeis visto, sino los efectos, remontad á las causas.

La sociedad sufre, quién lo duda? Pero antes de buscar el remedio, examinad primero el principio y el progreso de la enfermedad. Qué han hecho hace sesenta años todos los que se decian defensores y amigos del pueblo, y que no eran mas que adula-dores? Con miras de egoismo y de interes personal, se han fijado á confundir en el espíritu de las masas las nociones de lo justo y de lo injusto, no han cesado de hablar al pueblo de sus derechos y nunca de sus de-
9

beres, le han dicho: Tú eres fuerte, tú eres grande, tú eres soberano; pero no le han agregado: Eres ignorante, apasionado, injusto. Han puesto el gobierno á sus pies y le han repetido, lo que el espíritu del mal dijo á Jesucristo en el Evangelio: El poder te pertenece; mira estas ciudades, estos castillos, estas riquezas; todo es tuyo.

A ejemplo de las tribus salvajes que en su cándida ignorancia, adoran los elementos, que quieren conjurar, estos padres de la patria, estos lisongeros del pueblo, le han tratado como á un ídolo, al cual era necesario sacrificar, entre los holocaustos las bases fundamentales de la sociedad. En lugar de apelar á la nobleza, á la generosidad de sus sentimientos, no han pensado sino en exaltar su orgullo y sus apetitos, en desarmar su cólera, han deificado el vientre humano, los grandes genios! El cristianismo, al imponer su yugo, habia ménos hecho todo por el pueblo; el arte

hablaba una lengua que podia comprender; para él edificaba esas catedrales, esos palacios de Dios, que lo eran tambien del pueblo, y en donde se le hablaba de virtud, de caridad, de gloria. Si el camino en que la Providencia lo habia arrojado, parecia mas áspero, era tambien mas corto y el mas seguro para llegar al cielo. Si era pobre, humillado, veia á su Dios en un pesebre, azotado, coronado de espinas, y á cada instante oia estas consoladoras palabras: *Felices, los que lloran!* Monumentos, cuadros, estatuas, no escribia el arte una página, que no fuese eco de las promesas celestes. Y en lugar de todo esto que le habian dado los miserables! Han hablado de la razon, han tartamudeado no sé qué sentencias absurdas de pretendido moral, y han creído que no les faltaba mas sino gozar tranquilamente. Pero hé aquí que este pueblo mimado, desmoralizado, á quien no contiene ya ningun freno moral, quiere go-

zar á su turno, y tomando con seriedad todas las promesas que le han sido hechas, no aspira á abrigar su miseria en los vestibulos de vuestros palacios, quiere sentarse á vuestras mesas y regalarse en vuestros festines. Quién se lo impedirá? No le habeis dicho hace largo tiempo, que es el solo soberano, y creéis que se contentará con su reinado de andrajos?

Procedéis como todo el mundo, le dice Olibrius, describid el mal, pero no indicad el remedio.

El remedio? replicó el interlocutor, está en el cumplimiento de ciertas promesas hechas temerariamente.

Luego vos también sois socialista?

Entendámonos; yo no creo en la eficacia de todos estos sistemas que surgen de todas partes; pero sí creo, como todos los espíritus honrados de nuestra época que hay algo que hacer; el socialismo es menos un sistema de gobierno, que una protesta con

tra vuestra sociedad pagana y egoista; ya que vosotros los grandes genios del siglo, habeis destruido los diques del cristianismo que detenia las malas pasiones, es muy justo que sufráis la pena; ya que habeis predicado el culto de los intereses y de los apetitos, dad alguna satisfaccion á estos intereses y á estos apetitos; habeis enseñado al pueblo á no creer en Dios; el pueblo queráis ó no os obligará á creer en él.

Pero juzgais al ménos, dice Olibrius, que los sacrificios evitarián nuevas catástrofes?

Sí, lo creo. Si el gobierno, en lugar de manifestarse siempre bajo la apariencia de un gendarme en lugar de hacer resistencia, quiere tomar formalmente en su mano los intereses graves de las masas, nada está desesperado; que entre atrevidamente en el camino de las reformas posibles; que haga la iniciativa en lugar de hacer la represion; que substituya á la envidia, que por todas

partes domina, el sentimiento contrario, el reconocimiento; en una palabra, que combata el mal socialismo por uno bueno, y vereis caer y desaparecer todos estos soñadores, utopistas y anarquistas que descarrian al pueblo, y no le hablan mas que de barricadas y de batallas, cuando deberian hablarle de concordia y de union. Luego que se hayan realizado las principales mejoras, que el poder organice por todas partes una instruccion sólida y religiosa, que forme una generacion mejor que la nuestra, el mundo está salvado.

Ah! continúa el interlocutor, la tarea es inmensa, pero no superior á las fuerzas humanas. Un gobierno con valor, pronto hubiera cortado el nudo de la cuestion social! Reorganizad el crédito sobre un plan mas estenso, fundad cajas de retirada para las clases obreras, abrid casas de refugio para los ancianos, apoderaos de la infancia, instruidla, convertidla á la fé antigua, y

á las nuevas ideas, y no olvidéis que los muchachos de hoy serán la Francia dentro de veinte y cinco años. Todo esto valdrá mas para el pueblo que el sufragio universal dado sin preparacion. Así se ha procedido siempre entre nosotros, se pone en la mano del pueblo un instrumento que no conoce, y cuando está herido y estropeado por no conocer el modo de servirse, es cuando se le enseña la manera de hacer uso de él.

Olibrius se despidió, y volvió á su casa convencido que la verdad social es la obra del tiempo, y que no sale nunca de una pieza del cerebro de un individuo.

EDMOND TEXIER.

FIN.

